

MANFRED LÜTZ



**EL  
ESCÁNDALO**

**DE LOS  
ESCÁNDALOS**

**La historia  
secreta  
del Cristianismo**



Desclée De Brouwer

Manfred Lütz

# EL ESCÁNDALO DE LOS ESCÁNDALOS

La historia secreta del Cristianismo

*Con la colaboración del  
doctor y catedrático Arnold Angenendt*



DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO

Título original: *Der Skandal der Skandal. Die geheime Geschichte des Christentums*  
Manfred Lütz,  
con la colaboración del doctor y catedrático Arnold Angenendt  
© 2018 Verlag Herder GmbH  
Freiburg im Breisgau - Alemania  
www.herder.de

Traducción: Rafael Fernández de Maruri

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, 2019

Henao, 6 – 48009 BILBAO

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-3066-5

Depósito Legal: BI-1209-2019

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Las citas albergadas en el presente texto han sido tomadas del libro del profesor Angenendt *Toleranz und Gewalt*, y podrá encontrárselas allí fácilmente consultándose el índice onomástico de esta obra. De haberse suprimido pasajes dentro de una cita, hemos renunciado a indicarlo así por medio de tres puntos con el fin de aligerar la lectura. Todas las citas, reproducidas en su integridad con arreglo a los usos aplicados en este tipo de notaciones críticas, figuran sin excepción en *Toleranz und Gewalt*. Cuando se han incluido citas que no figuran en esta última obra, se ha indicado por regla general el título del autor citado. En determinados casos se ha alterado en buena parte la redacción de los textos tomados de *Toleranz und Gewalt*.

## ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| Prólogo .....   | 15 |
| Introducción: “¡no le creo a usted!” .....  | 25 |
| 1. Al diablo con la religión.<br><i>Judaísmo, Cristianismo e Islam; ¿es el monoteísmo<br/>un peligro para la humanidad?</i> ..... | 31 |
| 1. Verdad y violencia. El asesinato de una hermosa teoría<br>por un hecho feo .....   | 32 |
| 2. Al diablo con la nobleza. De cómo se inventó<br>la sociedad global .....   | 35 |
| 3. Teoría y praxis. De por qué el Islam es el más tolerante   | 41 |
| 2. Los primeros mil años.<br><i>Una religión del amor tropieza con la violencia</i> .....   | 47 |
| 1. ¿Qué hacemos con la cizaña? Una parábola altera<br>la historia de la religión .....  | 48 |
| 2. Tensiones. Pacifismo cristiano y violencia de Estado. .  | 55 |
| 3. Cultivando bárbaros. El Cristianismo y los germanos  | 62 |
| 4. Carlomagno. El azote de los sajones como modelo<br>europeo .....   | 70 |
| 5. Creando expectativas. La Papisa Juana y el fin<br>del mundo .....  | 76 |

|  |     |
|--|-----|
| 3. La Edad Media y las cruzadas.   |     |
| <i>De la invención de un hombre nuevo al fin de una monstruosidad</i> . . . . .                                    | 81  |
| 1. Cuando los hombres dan a luz sin las mujeres y las mujeres inventan sin los hombres.                            |     |
| El nacimiento de Occidente . . . . .   | 81  |
| 2. Un astuto zorro y un pastor vacilante.  |     |
| La mecha arde . . . . .  | 84  |
| 3. Pérdida del control. Asesinatos de judíos y un baño de sangre. ¿Era eso lo que Dios quería realmente? . . . . . | 90  |
| 4. Balance. De lo que une a la Comisión Europea con las cruzadas y de por qué hay que amar a los turcos. . . . .   | 99  |
| 4. Pecados.  |     |
| <i>Caza de herejes medieval y, como remate, los Borgia</i> . . . . .   | 109 |
| 1. Bajo presión. Un rey hace arder a personas en la hoguera . . . . .  | 110 |
| 2. Una funesta reforma jurídica. Poesía y verdad sobre la Inquisición medieval. . . . .                            | 121 |
| 3. “El nombre de la rosa”. El triunfo de corazón e intelecto. . . . .  | 128 |
| 4. El Papa Alejandro VI Borgia y la ZDF. De cómo Alemania venció a España . . . . .                                | 136 |
| 5. La Edad Moderna.  |     |
| <i>Viejos problemas, nuevas soluciones</i> . . . . .   | 149 |
| 1. El gran teatro del mundo. Martín Lutero y las indulgencias . . . . .  | 149 |
| 2. ¿Cómo de real es la realidad? La leyenda negra y la verdad sobre la Inquisición Española (1484-1843) . . . . .  | 152 |
| 3. Giordano Bruno y Galileo Galilei. La Inquisición Romana (1542-1816) y sus víctimas . . . . .                    | 159 |
| 4. Católicos y protestantes rivalizando. En lo bueno como en lo malo. . . . .                                      | 168 |

6. El mayor error judicial de todos los tiempos.  
*Aspectos inesperados de la caza de brujas* . . . . . 175
1. Mitos aventureros. Versiones teológica,  
nacionalsocialista y feminista de la caza de brujas . . . 176
  2. La creencia en las brujas en la Edad Media.  
Regino de Prüm: “delirios” . . . . . 179
  3. La creencia en las brujas en la Edad Moderna.  
La muerte es un maestro de Alemania . . . . . 183
  4. El final. Un inquisidor espantado, un valiente  
jesuita y el Presidente del Tribunal Constitucional  
de la RFA . . . . . 188
7. Leyendas de la evangelización  
de los amerindios.  
*Lo que se sabe y lo que se tendría que saber.* . . . . . 193
1. Evangelización y violencia. El problema de  
los sacrificios humanos. . . . . 193
  2. Ideas eficaces. Derecho natural, derechos humanos  
y derecho de gentes . . . . . 196
  3. Evangelización protestante y evangelización  
católica. Una leve diferencia de muy grandes  
consecuencias . . . . . 198
  4. El gran silencio. Los defensores olvidados de  
los amerindios . . . . . 201
8. La Ilustración.  
*¿Cuál es el verdadero origen de los derechos humanos  
y quién liberó a los esclavos?* . . . . . 207
1. El ascenso de Europa. Polémicas confesionales  
e Ilustración. . . . . 207
  2. A imagen y semejanza de Dios. Para la genealogía  
de los derechos humanos . . . . . 213
  3. El drama de los derechos humanos. La abolición  
de la esclavitud . . . . . 216
  - a) *Ilustrados deslustrados. Narices chatas  
y derechos humanos* . . . . . 216

|   |     |
|---|-----|
| b) <i>Los cristianos y los esclavos</i> . . . . .   | 218 |
| c) <i>El punto más bajo. El comercio transatlántico</i> . . . . .   | 224 |
| 4. Las sombras de la Ilustración. Las víctimas<br>de la Revolución . . . . .  | 226 |
| 9. Tras la masacre.<br><i>La Iglesia en el siglo XIX</i> . . . . .  | 229 |
| 1. El preludeo. Los Papas también son seres humanos . . . . .   | 229 |
| 2. Los católicos no hacen lo que les dice el Papa.<br>Revoluciones católicas . . . . .  | 232 |
| 3. La infalibilidad del Papa. ¿Un dogma liberal? . . . . .  | 235 |
| 4. Por qué Carlos Marx tenía razón. Y los cristianos<br>le siguieron . . . . .  | 239 |
| 10. El siglo XX.<br><i>Los cristianos y el nacionalsocialismo, pecado original<br/>y eutanasia, la Iglesia y los judíos</i> . . . . . | 243 |
| 1. Democracia. Cristianos por nuevos caminos . . . . .  | 244 |
| 2. Dictadura. Los cristianos y la resistencia . . . . .   | 247 |
| 3. Eutanasia. De por qué los nazis odiaban el pecado<br>original. . . . .   | 251 |
| 4. Frente a frente con el Holocausto.<br>Cristianos y judíos: 2000 años sin acabar<br>ni de mezclarse ni de separarse . . . . .       | 256 |
| a) <i>El comienzo. De la disputa entre hermanos<br/>            a la protección de los judíos</i> . . . . .                           | 257 |
| b) <i>El valle de lágrimas judío. Las persecuciones<br/>            de judíos en la Edad Media</i> . . . . .                          | 263 |
| c) <i>Ideas homicidas. El antisemitismo racista y<br/>            sus consecuencias</i> . . . . .                                     | 269 |
| d) <i>“El representante”. La polémica en torno a Pío XII</i> . . . . .  | 273 |
| e) <i>El final de una querrela entre hermanos.<br/>            Confesiones de culpabilidad y entendimientos</i> . . . . .             | 280 |
| 5. Tras la catástrofe. Nuevos impulsos<br>y segunda revolución papal . . . . .  | 283 |

11. Escándalos en cantidades industriales.  
*Lo que siempre quiso usted saber del Cristianismo  
y nunca se atrevió a preguntar . . . . .* 287
  1. Emancipación y sacerdocio femeninos.  
De cómo se relacionaron los cristianos con el 50%  
de la humanidad . . . . . 287
  2. La Iglesia, el celibato y el sexo. Sobre un gran  
malentendido. . . . . 298
  3. El Cristianismo y los abusos. “Más fácil es que se  
quede uno embarazado de un beso que no que  
se vuelva uno pederasta por ser célibe” . . . . . 311
12. El siglo XXI.  
*La crisis del Cristianismo y los refugiados . . . . .* 321
  1. Exoneraciones. Resistencias y el escalpelo de la razón 321
  2. Cargas. Sacrificarse por las víctimas . . . . . 324
  3. El final. La fortaleza de la flaqueza . . . . . 329

## PRÓLOGO

El Cristianismo es la religión menos conocida del mundo occidental. Y no precisamente por falta de información, sino por todo lo contrario. Ocurre, sin embargo, que la mayor parte de esa sobreabundancia de información de que se dispone comparte toda ella un rasgo característico: en casi todos los casos es de una falsedad grotesca.

Nada tiene eso propiamente de malo. Nadie se muere por vivir abrazando falsas creencias. Durante largo tiempo se creyó que por las arterias fluía aire, y durante mucho más tiempo aún se pensó que había dragones, y ni tan siquiera por estar convencida de que la Tierra era plana dejó alguna vez ninguna persona de poder vivir una vida llena de sentido.

Las *fake news* pueden incluso resultar divertidas. ¿Hay alguien que quiera ver el mundo de la mañana a la noche tal cual este es realmente? A título personal, sus represiones ayudan a la gente a componérselas con sus problemas. A quien mantiene sin cesar ante su vista los aspectos más oscuros de su pasado, no le suele resultar nada fácil vivir.

Pero en el caso de esa información falsa que se tiene del Cristianismo ya no se trata de simples errores sin importancia, ni de falsificaciones propias de aficionados o engaños inofensivos. Esas falsedades han conducido al Cristianismo a estremecerse en su esencia de forma persistente, consiguiendo privarlo de toda su credibilidad.

Por eso no deja de ser cierto que a nivel público la gente reconoce albergar aprecio por el Papa Francisco y sentir admiración por la Madre Teresa. Pero la gente los aprecia y admira no por ser ellos cristianos, sino a pesar de que lo sean. En cierto modo, es como si no se les tomase a mal ese defecto. También por el compromiso social con los menos favorecidos de las instituciones cristianas suele abrigarse un gran respeto, e incluso por eso que, sea ello lo que fuere, se conoce como “valores cristianos”. Pero ante la fe cristiana, la historia de las Iglesias cristianas y el Cristianismo mismo lo que en el mejor de los casos suele confesarse no es más que vergüenza. En debates intelectuales a una declaración de fe cristiana suele vérsela, de una manera tácita, como algo sobre lo que ya no cabría discutir ni razonar. El recurso al adjetivo “fundamentalista” se ha generalizado no solo a propósito de creencias fanáticas, sino de cualquier declaración de fe religiosa o de cualquier declaración de fe cristiana que tenga a la religión por verdadera y no se limite a describirla en términos puramente científicos. Y eso es el fin del Cristianismo real como una fuerza capaz de imprimir su huella en la cultura.

A eso siempre se puede replicar que las Iglesias cristianas continúan, pese a ello, siendo propietarias de instituciones imponentes, que en Alemania, por ejemplo, disponen de recursos económicos formidables. Pero no hay que olvidar que gran parte de esos fondos son absorbidos por la reconstrucción de las que un día fueron grandes Iglesias nacionales, y que las nuevas iniciativas suelen más bien verificarse en los márgenes del Cristianismo institucionalizado. La tarea evangelizadora cuenta con más posibilidades de tener éxito allí donde las personas se sienten interpeladas espiritualmente de forma directa y donde ellas se experimentan inmersas en una comunidad de fe y pueden así renovarse personalmente. Sin embargo, por paradójico que pueda ello parecer, en nuestras latitudes tanto el Cristianismo como sus instituciones, historia y representantes constituyen casi siempre un obstáculo para la transmisión del mensaje cristiano, o, cuando menos, una realidad que no resulta atractiva.

Se debe ello al golpe mortal ha tiempo asestado al Cristianismo. El convencimiento, que en el ínterin se ha convertido en algo indiscutible, de que la historia del Cristianismo sería la historia de

una sucesión de escándalos, ha conducido de hecho a tambalearse al núcleo mismo de la fe cristiana. Una religión, en efecto, que cree en la encarnación, es decir, en la “historización” de Dios mismo, queda inmisericordemente expuesta a la evaluación crítica de esa historia. Y esa evaluación es demoleadora. *La maldición del Cristianismo* fue el título con el que el conocido filósofo Herbert Schnädelbach entregó en 2000 para su publicación un texto sensacionalista, que concluía con la afirmación de que lo mejor que podía hacer el Cristianismo por la humanidad era disolverse y desaparecer. En su mayor parte, además, las razones esgrimidas en apoyo de tan inapelable tesis por este filósofo no eran ni filosóficas ni teológicas. Schnädelbach no ponía en ningún momento en duda ni la Trinidad ni la encarnación de Dios. Prácticamente sin excepción, sus argumentos eran todos ellos históricos. Pero con el fin de dar de ellos razón Schnädelbach no recurría a ningún tipo de estudios de carácter historiográfico, sino que con tal objeto parecía resultarle suficiente con el amplísimo consenso que sobre lo escandaloso de la historia del Cristianismo prevalece a todos los niveles en nuestra sociedad. Todo lo aducido allí por este cultivado filósofo sobre los vergonzantes crímenes de las cruzadas, las barbaridades de la Inquisición o los horrores del antisemitismo, era por él expuesto con la más despreocupada de las naturalidades, como si en todo ello se tratase de realidades que cupiese considerar tan incontrovertibles como el hecho de que la Luna gire en torno a la Tierra o de que el Everest sea la cumbre más elevada de nuestro Planeta. Como en el caso de los dos hechos recién citados, tampoco allí, al parecer, había ninguna necesidad de ulteriores pruebas. En dicha medida, su libro se limitaba a levantar acta en términos un poco más expresivos de lo que todo el mundo pensaba ya.

Diez años después del colapso del comunismo, era esta una comprometida necrológica del Cristianismo.

Podría haber llegado a serlo, desde luego. Como ya ocurriera en el caso del comunismo, en efecto, siempre hay gente que se niega a prestar oído a las señales y sigue tirando imperturbable y ciega-mente hacia delante por pura nostalgia como si nada en absoluto hubiera pasado. Pero el hecho es que a lo que en realidad afectaba

el texto de Schnädelbach era a la substancia misma de la religión cristiana. Si este filósofo estaba en lo cierto, a los dos mil años de su aparición el Cristianismo se hallaba realmente a un paso del abismo.

¿Pero estaba él en lo cierto? Lo que ocurrió tras la publicación de este libro no solo fue espectacular, sino del todo inesperado: un historiador de renombre internacional aceptó el desafío, y sometió las invectivas de Schnädelbach a un concienzudo examen crítico basándose en lo que el estado actual de nuestros conocimientos históricos tenía que decir sobre ellas. ¿Qué había allí de verdadero y qué de falso? Este historiador se llama Arnold Angenendt, y en 2007 fue por él publicado un imponente estudio, intitulado “Tolerancia y violencia: el Cristianismo entre la Biblia y la espada”, que desde entonces se ha convertido en una obra de ineludible referencia para todos los interesados en confrontarse con Cristianismo e Iglesia de una manera crítica. La científica minuciosidad de Angenendt consiguió algo muy poco común: persuadir merced a su sobriedad, e inducir así al mismo Schnädelbach a una revisión de sus posiciones originales. Schnädelbach expresó a Angenendt su agradecimiento por haberle este demostrado con su trabajo “lo en parte distorsionado de mi mirada al pasado”. Lo que se puso de manifiesto, en definitiva, fue que los habituales prejuicios sobre la historia del Cristianismo se vienen abajo tan pronto como se los somete en serio a examen desde un punto de vista científico.

Pero estos sorprendentes resultados de ningún modo han pasado todavía a ser de conocimiento público. Una obra científica de 800 páginas y más de 3.000 notas a pie de página solo se anima a leerla quien está por muy serias razones interesado en el Cristianismo, aunque solo sea por no abrigar por él más que aborrecimiento puro y simple.

Se planteaba así la cuestión de si no merecería la pena facilitar a un público más amplio por medio de un formato menos aparatoso el conocimiento de las conclusiones más importantes del estudio de Angenendt. Porque lo que le había sucedido a un hombre con una formación tan exquisita como la de Herbert Schnädelbach, es

decir, haber tenido este hasta entonces por absolutamente indiscutibles toda una serie de ideas equivocadas sobre el Cristianismo, era algo que estaba muy lejos de ocurrirle solamente a él. Lo que se necesitaba era un poco de “ilustración” en el mejor sentido de este término.

Una tal ilustración resulta absolutamente necesaria porque la desaparición del Cristianismo como una fuerza cohesionadora ha precipitado a toda la sociedad en una grave crisis, algo que de buena gana reconocen representantes tanto de la izquierda como de la derecha del espectro político. Durante una reunión en la Academia Evangélica de Tutzing, el presidente de *Die Linke* Gregor Gysi reconoció ser ateo, pero confesó sentirse a la vez asustado ante la posibilidad de que una sociedad atea pudiese acabar viéndose despojada de todo sentido de la solidaridad. En aquella ocasión, Gysi dijo ya ser consciente de que el socialismo no sería en el fondo más que Cristianismo secularizado, y durante la presentación de un libro mío –“Dios: una breve historia del Eterno”– admitió con toda franqueza que, en lo referente a la cuestión de los valores de nuestra sociedad, sobre la izquierda flotaba en la actualidad una aureola de descrédito de la que a esta iba a llevarle décadas recuperarse. Las únicas instituciones que seguirían teniendo algo que decir sobre esta cuestión eran, según él, las Iglesias cristianas. Y si ser ateo implicaba estar en contra de la Iglesia, entonces él –había seguido Gysi diciendo– ya no sería propiamente ateo, sino pagano, es decir, una persona que todavía no habría encontrado la fe. Encendidas loas del Occidente cristiano las entonan también últimamente, lo que no deja de ser curioso, los derechistas de Pegida, que si por algo se caracterizan es por tener un tan pobre conocimiento del Cristianismo como para cantar villancicos a voz en cuello en época de Adviento.

Pero la conjurada propiamente aquí no es más que una cáscara vacía. El descrédito que se ha acarreado el Cristianismo no tiene 70 años de antigüedad, como el del comunismo, sino dos mil, y es tan profundo que incluso quienes en la actualidad se acogen al Cristianismo apenas saben decir ya en qué consistiría eso que sería imprescindible conservar de él –a excepción de ciertas

actitudes humanistas que también los ateos declarados confiesan sin problemas compartir-. La ilustración sobre el Cristianismo, pues, debería importarle a todo el que esté preocupado por nuestra sociedad, racionalistas ateos incluidos.

Jürgen Habermas, el filósofo más conocido de Alemania, el cual ha declarado carecer de oído musical para la religión, reclamaba por ello como mínimo, con expresión dramática, “creencias salvadoras” incubadas en la concepción judeocristiana de la creación del hombre a imagen y semejanza de la divinidad. Solo de este modo, piensa Habermas, podría seguir garantizándose la aceptación del concepto central de nuestro ordenamiento social: la idea de la dignidad humana. Y este filósofo desea contar con personas a las que pueda percibirse dentro del discurso público como ciudadanos religiosos. Pero este piadoso deseo de un agnóstico choca con cristianos que tienden a guardar silencio sobre su fe por considerarla un asunto de índole privada. Y ello ante todo, precisamente, porque se avergüenzan de la historia del Cristianismo.

Este sentimiento obedece en parte a que los mismos cristianos han acostumbrado a enfrentarse hasta aquí con su escandalosa historia por medio de dos métodos que está claro que resultan ambos igual de sospechosos. Los unos han hecho todo lo posible por someter la historia del Cristianismo a una operación de blanqueado apologético, negándose a todo trance a admitir cualquier tipo de fracaso por parte de la Iglesia. Una ininterrumpida hagiografía cristiana de dos mil años de duración, sin embargo, en absoluto coincide con lo que Jesús mismo predijo a su Iglesia. Las personas a las que él mismo llamó a ser columnas de la Iglesia, los apóstoles, eran cualquier cosa menos individuos de una pieza: ¿por qué tendrían las cosas que haber sido distintas después? Los otros, por su parte, han acabado por recaer en el extremo opuesto: no niegan las debilidades históricas del Cristianismo, sino que se valen de ellas para oponer al oscuro trasfondo de una historia de escándalos la imagen deslumbrante de su moderno Cristianismo actual; una actitud considerablemente ingenua, pues supone que tras haberse extraviado durante dos milenios el Cristianismo habría acabado viéndose redimido por la llegada de uno mismo,

del profesor X o Y, del Concilio Vaticano II o de vaya usted a saber qué otro ulterior expediente de parecido jaez. A semejante propuesta todo lo que un ateo experimentado tiene que oponer no es más que la observación siguiente: “En ese caso, esperemos un par de miles de años más aún, hasta saber a ciencia cierta si las cosas han ido realmente a mejor, y luego ya decidiremos”.

Estas dos diferentes maneras de relacionarse en términos igual de extremistas con la propia historia han contribuido a desfigurar aún más la imagen de por sí ya bastante desfigurada de la historia de la fe cristiana. Para cualquiera de ellas la historia no es más que material de relleno para sus propios prejuicios, siempre expuestos a tambalearse de someterse sus tesis a un examen en verdad científico de las mismas.

El proceder seguido en este caso por Arnold Angenendt ha sido completamente distinto. Él jamás ha querido una Iglesia “pura”, pero tampoco se ha sentido obligado a tener que dar por buena historia escandalosa alguna nada más que por ser esta lo suficientemente truculenta o por no haberse dejado ni un solo día de insistir sin cesar en contársela. Valiéndose nada más que de su sentido común y pericia científica, este historiador de renombre internacional se ha limitado, pura y simplemente, a examinar los hechos con sobriedad. Con impresionantes resultados. Ese trabajo de años constituye la base sobre la que se asienta también el presente libro.

No será únicamente, por tanto, arremeter sin prejuicios contra la historia de escándalos del Cristianismo con el escalpelo de la ciencia en ristre, lo que nosotros vayamos a hacer aquí. A la postre, puede muy bien ocurrir que los escándalos sean realmente tales; e incluso si se pusiese de manifiesto que los hechos históricos presentaran una faz del todo distinta, una historia del Cristianismo depurada de escándalos seguiría, como es lógico, sin constituir en sí motivo alguno para tener alguien por dicha razón que hacerse cristiano. Hay por ahí un montón de absurdísimas creencias que han tenido históricamente muy saludables consecuencias. No será, pues, de hacer profesión de fe de lo que nos ocupemos aquí, sino de dar a conocer una historia entretenidísima como pocas, la

historia de la más grande religión universal de todos los tiempos. Y en el caso de los lectores mejor dispuestos, de facilitarles con arreglo a nuestra mejor tradición ilustrada un mejor conocimiento de la historia de nuestro continente y nuestra civilización.

El presente texto ha sido escrito por quien abajo suscribe, pero la substancia histórico-científica de este libro se debe en buena parte al profesor Dr. Dr. h. c. Arnold Angenendt y a sus colaboradores y colaboradoras, los cuales se han ocupado de que sus páginas incluyesen aportaciones que trascienden incluso las ya albergadas en *Toleranz und Gewalt*. El libro ha sido todo él reestructurado de nuevo, dándose asimismo albergue en sus páginas, para de este modo poder abarcarse el mayor número posible de acontecimientos críticos de la historia de la Iglesia, a unas pocas cuestiones nuevas. Para que nada desentonase, me he cuidado de que fuese revisado por los profesores Dr. Dr. h. c. mult. Heinz Schilling, Dr. Dr. h. c. mult. Christoph Marksches, Dr. mult. Hubertus Drobner, Dr. Karl-Josef Hummel y Dr. Bertram Stubenrauch, a quienes hago constar aquí mi gratitud por las molestias que se han tomado. De acuerdo con mi costumbre, mi peluquero se ha encargado, además, de comprobar que la redacción de su contenido fuese lo más amena y ligera posible y que su lectura no presentase ningún tipo de dificultades dignas de mención. Por mi parte he tratado, sobre todo, de contar la historia del Cristianismo, porque la historia, sobre todo cuando esta ha discurrido de una forma tan dramática y persiste, querámoslo o no, en seguir ella afectándonos a todos hoy, solo cobra realmente vida al narrársela.

En las páginas que siguen podrá verse, pues, cómo una pequeña secta judía se convirtió en el Imperio Romano en religión universal, cómo convirtió ella a ese imperio en un imperio cristiano y cómo los victoriosos germanos fueron finalmente convertidos por ella en germanos cristianos. También llegará a saberse cómo fueron realmente las cruzadas, cuáles son los sorprendentes resultados que los últimos estudios históricos publicados tienen que ofrecer sobre la Inquisición, la caza de brujas y la evangelización de América, y qué es lo que tenemos –y no tenemos– que agradecerle a la Ilustración. Al imponerse los derechos humanos, ¿pisaba en ese momento

el Cristianismo el pedal de freno, el acelerador, o ambos a la vez? ¿Qué fue lo que ocurrió en el caso de la emancipación de la mujer y la revolución sexual? Y, sobre todo, ¿cuál habría sido la verdadera postura del Cristianismo ante el Holocausto?

Este libro ha sido escrito, pues, tanto para cristianos que no tengan miedo a la verdad como para todos los que quieran realmente saber de dónde vienen.

Bornheim, a 1 de enero de 2018  
Dr. med. Dipl. Theol. Manfred Lütz



## INTRODUCCIÓN

### “¡No le creo a usted!”

¡En el pasado todo era mejor! Tal viene siendo, desde que echara a andar la historia, el lema de los defensores de la existencia de una primitiva edad de oro. Para el poeta griego Hesiodo, la historia no era toda ella más que la crónica de una lamentable decadencia, y pensadores y poetas que hayan visto las cosas exactamente igual que él no ha dejado jamás de haberlos en ninguna época. Hasta hoy.

Pero en la Antigüedad hubo ya quienes defendieron el punto de vista opuesto, y observaron a la humanidad encaminándose en dirección a un progreso sin fin. Ese estado de bienaventuranza al final de la historia, ese *u-topos* o utopía, iba a ejercer una especial fascinación no solo sobre numerosos pensadores de la Edad Moderna, sino también sobre socialistas, sobre comunistas e incluso sobre espíritus tan simples como el de un Erich Honecker, a quien poco antes de su inesperada salida de escena le iba aún a quedar tiempo para pronunciar, sosteniendo en su mano una copa de champán, la famosa sentencia de que ni bueyes ni asnos serían jamás capaces de detener la marcha del socialismo. Las cosas iban a seguir luego otro curso, sin embargo, y no precisamente por culpa de bueyes ni asnos.

Para estas dos perspectivas ya puede la historia ponerse como quiera, que como tal carecerá siempre para ellas de valor. Ni tendrá ella ese valor en virtud de los tesoros pretéritos que haya sido

capaz de preservar, ni lo tendrá por obra de los acontecimientos que la hagan aproximarse a su glorioso final. De la historia como tal puede uno perfectamente olvidarse.

Pero esa no es forma de vivir. Sin historia las personas no sabemos ya propiamente quiénes somos, viéndonos como consecuencia de ello sumidas en una enorme desorientación. Y también una sociedad que no sienta por la historia más que desprecio se verá en gran medida trastornada, porque de este modo ya no pasará ella sino a estar integrada por una insalubre mezcla de nostálgicos y utópicos que, a fuerza de no tener ya más que oídos para los cantos de sirena de un futuro o un pretérito de ensueño, estarán en todo momento animados por una actitud de sempiterna animadversión hacia el presente.

Otro tanto hay que decir de una institución que, como la Iglesia, cuenta ya con dos milenios de historia. También en ella caracolean toda suerte de retrógrados adalides de pasadas edades de oro y avanzados creyentes en un futuro progreso sin fin, igual de radicalizados ambos, para los que la historia real, de nuevo, nunca es como tal suficiente.

De prescindirse de radicalismos, hay que decir que estos dos encontrados puntos de vista son a la postre igual de necesarios si de verdad quiere pronunciarse un juicio justo sobre la historia. Para empezar, como es natural, los hechos históricos hay que entenderlos teniendo presente la época en que ellos tuvieron efectivamente lugar, pero a continuación tiene también que tratar de emitirse un juicio sobre los mismos desde un punto de vista actual. De no ver nosotros en la idea que actualmente nos formamos de los derechos humanos un resultado aleatorio de una historia no menos aleatoria que ellos, sino una adquisición firme y en todo tiempo poseedora de validez, es evidente que no podremos ya juzgar los hechos pretéritos sino en función de lo próximos o alejados que observemos que ellos se encuentren de nuestra actual forma de entender dichos derechos.

Por otro lado, resulta igual de necesario, sobre todo en lo que hace a la historia de la Iglesia, que trate de arrojar luz sobre ella partiéndose de la dirección contraria, es decir, desde los que fueron

sus orígenes en adelante. Y en este caso lo que de verdad importa es si en su evolución la Iglesia se habría o no alejado de la idea que Jesús y sus primeros discípulos se formaron de ella, y de la misión que respectivamente le señalaron. Solo ellas pueden ser los faros de que debamos valerlos para tratar de arrojar luz sobre los hechos.

Por supuesto, siempre cabe preguntarse si el Cristianismo estaría en cuanto tal autorizado históricamente a evolucionar. En último término, desde un punto de vista cristiano la definitiva Revelación de Dios en la encarnación de su Hijo Jesucristo tuvo lugar hace dos mil años, y la Palabra de Dios puede desde entonces consultarse en la Biblia. ¿Acaso no vuelve este hecho del todo irrelevante o, lo que es aún peor, modelo de herejía y apostasía todo eso que obispos, Papas o concilios han venido diciendo y haciendo después durante los siguientes dos mil años? Dado que algunas sectas recurrieron a este mismo argumento en el pasado para reclamar –con consecuencias en no raras ocasiones letales– una vuelta al Cristianismo de los comienzos, el conocido historiador de la Iglesia Joseph Lortz ha examinado de nuevo esta cuestión. Según Lortz, la Revelación no supuso meramente un acontecimiento puntual, verificado como tal dos mil años atrás, sino que el ingreso de Dios en la historia en el que los cristianos creen iría en realidad desplegándose progresivamente en la historia de la Iglesia con el correr de los siglos. De esta suerte, el ingreso en el mundo espiritual grecorromano, por ejemplo, de la fe mesiánica judía de los cristianos trescientos años después de la fundación del Cristianismo, no respondería ya para los cristianos a ningún tipo de coincidencia de orden secundario, sino que este proceso histórico pasaría para ellos a convertirse en acontecimiento vivo de la Revelación. De acuerdo con ello, los posteriores primeros concilios y sus definiciones de la Trinidad divina serían, una vez más, manifestaciones diversas de la Revelación religiosa. Otras realidades históricas pueden también acabar poseyendo, contempladas con arreglo a este esquema, esa misma naturaleza. El redescubrimiento de la filosofía aristotélica en la Edad Media, el desarrollo de la individualidad en los inicios de la Edad Moderna, la Ilustración,

la aparición de las modernas ciencias de la naturaleza: todo ello puede contribuir a aclarar a los cristianos el que habría sido el verdadero significado de la Revelación original. Esta última, pues, no sería para Joseph Lortz letra muerta, sino Revelación viva en una historia igual de viva. Por eso, precisamente, es determinante la historia para los cristianos.

Vistas las cosas desde fuera, a Cristianismo e Iglesia en particular se les plantea, con todo, un problema completamente distinto: las *fake news*. Todo el que siga el rastro a los innumerables disparates de que los partidos políticos se hacen mutuamente responsables en el curso de una campaña electoral parlamentaria de seis meses, es decir, a todas esas caricaturizaciones de la postura respectivamente contraria que constituyen, por así decirlo, el pan nuestro de cada día de toda campaña electoral que se precie, deberá tener también muy presente que la Iglesia lleva en cierto modo inmersa en una campaña electoral de este género desde hace aproximadamente dos mil años ya.

¡Qué de disparates, por ejemplo, no habrán sembrado ya a los cuatro vientos los católicos sobre los protestantes, y estos sobre los católicos, en los últimos quinientos años! A ello hay aún que añadir la increíble cantidad de basura ideológica vertida por las dictaduras de derechas y de izquierdas del siglo XX sobre el Cristianismo, por el que sus apetencias totalitarias eran contrapuestas a un Todopoderoso inconciliable con cualquier sistema misantrópico. Para los nazis el Cristianismo era una religión “judaizante”, y para los comunistas lisa y llanamente la peor de las drogas, opio para el pueblo. Con paupérrimos argumentos y campañas demagógicas de difamación se intentó por todos los medios posibles presentar al Cristianismo como una religión ridícula, retrógrada y acientífica, entendiéndose en este caso por “científico”, claro está, lo que según Erich y Margot Honecker, por ejemplo, tendría bajo este adjetivo que entenderse. Ambos sistemas dictatoriales se lanzaron, así, a una verdadera campaña de aniquilación contra el Cristianismo. Con sorprendentes buenos resultados. Pese a haber sido cristianos confesos quienes acaudillasen la resistencia contra Hitler e iglesias

cristianas las que pusiesen en marcha la revolución pacífica de 1989, parece como si lo único en habérselas arreglado de esas dos putrefactas ideologías para pervivir realmente en la memoria de la gente no haya sido más que el ateísmo, junto con el resto de absurdas calumnias sobre el Cristianismo, catequizado por sus respectivas maquinarias oficiales de propaganda. De ahí que nadie deba admirarse de que lo más probable es que no haya ninguna otra institución cuya imagen pública haya sido víctima en un grado tan grotesco de falsificaciones como la de la Iglesia Católica, que a diferencia de los protestantes no solo se hace responsable de los últimos quinientos años de Cristianismo, sino de los dos milenios de existencia de este. El resultado: un aluvión de inamovibles clichés que las personas empiezan ya a incorporarse a sus células, por así decirlo, desde que ingieren por primera vez la leche materna.

“¡No le creo a usted!” –exclamó uno de sus alumnos al poner Arnold Angenendt en cuestión algunas de esas ideas estereotipadas-. Algo muy parecido a lo que ya le ocurriera a ese alumno puede pasarle también a usted, querido lector o lectora, de proseguir con la lectura de este libro. De ahí que solo vaya a sacar algún provecho de él, si lo que realmente esté usted buscando sea saber –y no meramente tener algo en lo que creer-, y esté en verdad dispuesto con este fin a exponer sus posibles prejuicios a la fría ducha de los hechos. Solo quien sea capaz de conocer la historia de Cristianismo e Iglesia sin amarlos ni odiarlos en exceso, se librará al hacerlo de pillar un resfriado. Lo que haremos aquí será, pues, examinar a fondo con espíritu crítico, basándonos en el estado actual de nuestros conocimientos históricos, todo eso que se conoce como los “escándalos” de la Iglesia, aspirando así a enfocar bajo una luz científica la historia secreta del Cristianismo. Prepárese todo el que esté leyendo a encontrarse con resultados espectaculares. Porque lo que los últimos estudios tienen que decir sobre las que hoy día son nuestras ideas más consuetudinarias sobre el Cristianismo, es verdaderamente increíble, sí, pero cierto.